



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

Autolesiones en adolescentes: un acercamiento a su comprensión psicoanalítica

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: López Colombo, Micaela

Legajo: L-5378/3

DNI: 41.161.307

Docente Responsable: La Licata, Ana

Agradecimientos

En primer lugar a mis padres, quienes sin saberlo con su ejemplo me han llevado a estudiar en la universidad pública y transmitido que pese a los obstáculos y el tiempo podría lograrlo como ellos.

A mi profesora de secundaria que me alentó y guió en mis primeras lecturas en filosofía y psicoanálisis.

A mi querida abuela, por todas las velas y pedidos por mi tranquilidad y seguridad los días antes de un examen.

A toda mi familia que me ha acompañado de una u otra forma en este recorrido reconociendo mi esfuerzo, siendo apoyo y empuje.

A mi compañero de vida, por su amor y paciencia, quien ha soportado la mesa de nuestra casa siempre rebalsada de libros y apuntes, mis lecturas y monólogos en voz alta y mis repentinos cambios de humor por los nervios previos a una entrega o final.

A mis amigxs, quienes siempre han creído en mí y me han recordado que podía cuando parecía dudarlo.

A mí psicóloga por habilitar una escucha sin la cual muchas metamorfosis no hubiesen tenido lugar.

A mis profesorxs y compañerxs, aquellos que de manera más o menos azarosa se han cruzado en mi camino y me han enseñado, todos, algo. Principalmente, aquellos con verdadera pasión que me han contagiado su entusiasmo y que recordaré cada vez que ponga en duda el valor de nuestro particular oficio.

A la universidad pública, laica y de calidad, que tuve la fortuna de tener, a quienes la hacen posible, deseo que siga siendo un derecho para todos.

A la facultad de psicología de mi querida Rosario, que siempre será como mi segunda casa a la que me hace feliz volver.

Índice

1. Resumen y Palabras clave	3
2. Introducción.....	4
3. Desarrollo.....	6
3.1. <i>Ser adolescente en los tiempos que corren</i>	6
3.2. <i>La conmoción de la adolescencia</i>	9
3.3. <i>Las autolesiones a la luz del psicoanálisis</i>	12
3.4. <i>Un análisis posible de las autolesiones</i>	17
4. Conclusiones Parciales.....	19
5. Referencias Bibliográficas.....	21

1.Resumen

Este ensayo se centra en el fenómeno paradigmático de las autolesiones en adolescentes, analizando el rol del contexto actual y los atravesamientos comunes en esta etapa vital. Se interroga acerca de la posible relación-tensión de las autolesiones y los procesos propios de la adolescencia en el contexto actual. Dicha indagación se enmarca en el psicoanálisis freudiano, teniendo en cuenta los desarrollos de Lacan e inclusive de autores contemporáneos que se han dedicado a leerlos en interrelación con la época actual. En primer lugar, se describen las peculiaridades del contexto actual y sus repercusiones en la construcción de la subjetividad e identidad adolescentes. En segundo lugar, se aborda la adolescencia como tiempo de la vida con características, atravesamientos y circunstancias particulares. En tercer lugar, se desarrollan algunas lecturas basadas en la clínica sobre las autolesiones, articulando conceptos psicoanalíticos para pensar dicho fenómeno. Por último, se aborda la importancia que tiene para el trabajo analítico con el sujeto y las autolesiones, dilucidar el papel que cumplen y cómo se entranan con su historia y subjetividad. Las conclusiones sugieren que las autolesiones dan cuenta de una marca epocal y cumplen una función en la conflictiva adolescente a veces común, y otras, singular. Son utilizadas por los adolescentes como recurso para hacer frente a determinadas situaciones y/o relaciones, o bien para aminorar el impacto de las mismas.

Palabras clave: Psicoanálisis, Autolesiones, Adolescencia, Construcción de Subjetividad, Actualidad.

2. Introducción

Este ensayo se propone abordar como eje temático principal las autolesiones en la adolescencia actual desde el marco teórico, ético y epistémico del Psicoanálisis. Ensayar un recorrido por los diversos interrogantes que rodean a las autolesiones con la contribución del psicoanálisis, no sólo en tanto discurso que aporta categorías y conceptos para pensar sino también en tanto posición política con una ética particular.

Por consiguiente, este recorrido tiene como pilares esenciales los trabajos de Freud y de Lacan, cuyos desarrollos se consideran aún actuales y pertinentes para aportar a la comprensión de este fenómeno. A su vez, se retomarán analistas contemporáneos como Faccendini, Marchiaro y Volnovich que permiten leer más lúcidamente las particularidades de la adolescencia actual. Así como también, otros autores como Mauer y May, Ángel Valencia y Dartiguelongue para pensar la adolescencia como el escenario predilecto de manifestación de las autolesiones y posibles abordajes que no descuiden la singularidad del caso tal como es inherente a la práctica analítica.

Interesa precisar si existe una relación entre los acontecimientos propios de la adolescencia y las autolesiones, interrogando si es la adolescencia el escenario predilecto para el desarrollo de estas *conductas* –si es que se les podría llamar así–, si algún aspecto de la adolescencia puede motivar su desarrollo y si, en ciertos casos, puede tratarse más bien de un *recurso*, *herramienta* o *medio* para un fin. Además de interrogar si solo acontecen en la adolescencia o pueden devenir en algo arraigado que se sostenga aún finalizada dicha etapa.

De esta forma, se vuelve ineludible preguntarse qué se entiende por autolesiones, cuáles son las circunstancias de su desencadenamiento, a qué edad acontecen y si el género influye de algún modo en su aparición.

Para tal fin, en primer lugar se analizarán algunas características de las adolescencias de hoy para dilucidar si existen cuestiones propias del contexto actual que puedan estar favoreciendo a la aparición de autolesiones. Por consiguiente, pensar las autolesiones tal como se presentan en la actualidad, conlleva necesariamente interrogar las condiciones de subjetivación actual, los procesos sociales, económicos, políticos y culturales que atraviesan a las adolescencias y por los cuales están fuertemente influidas.

En segundo lugar, se planteará cómo se piensa la adolescencia desde el psicoanálisis y qué han dicho los analistas sobre los cambios producidos en esta etapa. Para abordar la noción de adolescencia desde una perspectiva psicoanalítica se recurrirá a describir qué implica el cuerpo para el psicoanálisis, qué diferencia tiene con el organismo, cómo se constituye y qué lugar tiene el Otro en su conformación. Para luego detenernos en qué le sucede al cuerpo en la adolescencia y qué repercusiones tiene ello

en la construcción de la subjetividad e identidad adolescentes. Si bien estos últimos conceptos no están presentes como tales en Freud guardan estrecha relación con las categorías de *yo*, *ideal del yo*, *narcisismo* e *identificaciones*, pudiendo pensarse la identidad como un constructo a partir de diversas identificaciones. A su vez, se mencionarán la distinción entre *imagen* y *esquema corporal* de Doltò y el *Estadio del Espejo* de Lacan. Posteriormente, para pensar diferentes modos en que se presentan las autolesiones en adolescentes, se retomarán los tres registros: Simbólico, Imaginario y Real junto con las categorías de *objeto a*, *angustia*, *acting out* y *pasaje al acto* presentes en la obra lacaniana.

El último tramo del recorrido remitirá a interrogantes respecto a la práctica analítica con sujetos que presentan autolesiones ya que gracias a diversas lecturas sobre este fenómeno sabemos que las mismas están volviéndose una problemática de salud cada vez más difundida entre los adolescentes de hoy. Se registran cada vez más casos, consultas e inclusive atención de emergencias en hospitales, incluso en ocasiones se toma conocimiento de las autolesiones porque se manifiestan asociadas a diversos trastornos y otras por intermedio de la escuela u otras instituciones afines.

Por tal motivo, se sostiene como hipótesis que la adolescencia como etapa vital y periodo crítico durante el cual el sujeto debe necesariamente atravesar ciertos hitos, trabajos y duelos puede resultar un terreno propicio para la aparición de autolesiones. Incluyendo además los condicionantes propios del contexto actual que pueden profundizar aún más esa vulnerabilidad. Conjeturamos, inclusive, que las autolesiones pueden estar ocupando hoy día un lugar esencial en la resolución de la conflictiva adolescente, resultando un recurso difícil de desbaratar.

Por lo tanto, en virtud del aumento y prevalencia en la población adolescente en diferentes países del mundo y que numerosos autores concuerdan en que la bibliografía disponible es limitada, ya sea de libros como de artículos científicos. Es decir, que no hay suficiente investigación sobre el tema en función de la actualidad, complejidad y magnitud que presenta, se considera que esta problemática tiene relevancia y pertinencia disciplinar. Estimamos sumamente importante contribuir a teorizar sobre este asunto porque entendemos que la teoría incide necesariamente en la práctica y a la inversa, dicha construcción no es posible sin tener en cuenta los hallazgos clínicos.

3.Desarrollo

3.1.Ser adolescente en los tiempos que corren

En este apartado intentaremos exponer y describir cual es el contexto en el que están inmersas hoy las adolescencias para poder pensar una posible relación- tensión entre estas y las autolesiones. Con miras de precisar si las últimas acontecen en la adolescencia por algo propio de la misma o se encuentran más vinculadas a la adolescencia en este contexto particular.

En la actualidad, nuestras vidas transcurren en el mercado neoliberal y global, estamos sujetos a la lógica del consumo y a la amenaza de la exclusión social consecuente. A su vez, se desdibujan las fronteras entre lo íntimo y lo público en la medida en que todos los aspectos de la vida se exponen en redes sociales y se borronan las diferencias entre niños y adultos, que la modernidad acentuaba. El flujo y la vertiginosidad caracterizan tanto el discurrir cotidiano como la imparable evolución tecnológica, que opera en distintos planos (Rojas, 2018).

Murillo (2012) conceptualiza al neoliberalismo como la *cultura del malestar*, término que trasciende a la teoría económica y remite a un complejo modo de gobierno de los sujetos. Una cultura que promueve modos de ser en el mundo y que uno de sus rasgos característicos es la competencia que exige sujetos lo suficientemente flexibles como para adaptarse a las cambiantes y contradictorias situaciones que se le presentan. A su vez, la competencia engendra rivalidades, desconfianza y la búsqueda egoísta del desarrollo individual, instalándose en la amistad, el amor, la educación, el ocio, entre otros. A nivel afectivo, los lazos amorosos se configuran en vínculos calculados tornándose frágiles y efímeras las relaciones afectivas ya que responden a una lógica de costo- beneficio. Por otro lado, respecto a lo cognitivo, el pensar por el puro placer de hacerlo, de un modo desinteresado es caracterizado como irracional e inútil, el pensamiento se vuelve sólo un instrumento para alcanzar intereses particulares y anticiparse a lo que vendrá. Esto no es sin costo porque finalmente el cuerpo padece y se expresa en síntomas diversos como angustia desbordante y/o violencia contra sí mismo o contra otros.

Al mismo tiempo, nos encontramos rodeados de dispositivos tecnológicos que llevamos y utilizamos constantemente, que permiten establecer conexiones y vínculos múltiples con otras personas de forma casi constante e inmediata, sin importar la distancia y realizar numerosas tareas desde cualquier lugar del mundo. Dicha experiencia, indefectiblemente va alterando y acelerando la percepción del tiempo en el sujeto, generando una demanda de respuestas instantáneas. Estas realidades virtuales

situadas en el presente van desdibujando las fronteras, los límites geográficos y la demarcación entre lo público y privado (Lastra et al, 2015). De esta forma, el fenómeno de la globalización implica cierta homogeneidad cultural en donde los diversos modos de producción cultural entran en juego bajo un mismo sistema unificado, en el que predomina un cierto patrón de conducta. Como consecuencia, se genera así también una globalización de las relaciones sociales, una interactividad cada vez mayor entre las diferentes naciones (Elizondo y Picot, 2011).

Los adolescentes de hoy no son ajenos a esta realidad, más bien es la única que conocen ya que a diferencia de otras generaciones han nacido y crecido en la era digital. A decir verdad, lo digital es para ellos una habilidad tan natural como su lengua materna, moldeando sus aspiraciones y experiencias diarias. Es constatable que desde temprana edad estamos expuestos a dispositivos electrónicos de todo tipo, siendo la accesibilidad cada vez mayor y funcionando persuasiva y distractoramente. Desde transmisiones engañosas a entretenimientos frívolos en la televisión, videojuegos violentos y atrapantes, páginas pornográficas, innumerables formas de vivir la virtualidad o más bien vivir virtualmente sin moverse de sitio. Realidades alternativas a la cotidianidad que contribuyen ampliamente a diseñar subjetividades adaptadas a las expectativas del mercado neoliberal, a que el sujeto compre o consuma lo que se le ofrece creyendo que lo elige (Rojas, 2018).

Volnovich (2012) sostiene que no podemos referirnos a quienes transitan la adolescencia como una totalidad, debemos reconocer la existencia de múltiples universos simbólicos. Sin embargo, existe una cultura dominante de parcialidad y fragmentación. Además, gracias al fenómeno de la globalización los adolescentes de diferentes países y culturas de origen pueden llegar a tener un nivel de conocimientos, información y tecnologías similar o estar atravesados por los mismos discursos de poder imperantes y por la oferta de bienes de consumo análogos sin tener iguales posibilidades de acceso. También podríamos pensar en la consecuente y paulatina pérdida de la cultura de origen, de las tradiciones y costumbres propias de cada nación, qué sucede con el sentido de pertenencia en la identidad de los jóvenes de las nuevas generaciones ante este fenómeno.

En este sentido, en el mundo contemporáneo, la gran expansión de las relaciones sociales, tanto reales como virtuales, abruma al individuo fragmentando su sentido de identidad y dificultando la autorreflexión, generando una sensación de saturación y dilemas identitarios (Gergen, 1997).

Si bien la posmodernidad trae una amplitud y flexibilidad de posibilidades para los sujetos y se muestra tan generosa con la diversidad de recursos que ofrece gracias al avance de la tecnología, según Obiols (1999) demanda a cambio de los jóvenes no solo

creatividad sino también una capacidad constante de ser productivos. Consideramos que de esta manera, se ubica a los adolescentes en una *encerrona* en tanto se enfrentan a la paradoja de tener a su disposición un sin número de herramientas que deberían ser habilitantes y posibilitadoras pero terminan obturando el desarrollo de la espontaneidad, la creatividad y la libertad, tendiendo a la homogeneización y la saturación producto del exceso de información. De esta forma la catarata de información dificulta discernir la validez de la misma, en correspondencia con la aceleración del tiempo y la exigencia de respuestas inmediatas trascienden la capacidad de procesamiento, asimilación y elaboración de los sujetos.

En suma, sería harto ingenuo creer que las características del contexto actual no influyen en la experiencia adolescente, ya que es indudable que los adolescentes de hoy no son iguales ni comparables con los de otras generaciones y que las autolesiones que interrogamos son las que producen nuestros adolescentes, con los que nos topamos a diario con una sensación de ajenez y extrañeza. En definitiva, como sostiene Rojas (2018), el nacimiento y devenir de lo humano es inseparable de las tecnologías características de cada época y éstas a la vez son producto de su tiempo y productoras de las subjetividades y vínculos que lo habitan.

En este aspecto, Volnovich (2012) sostiene que lo que diferencia a éstos con las generaciones anteriores es que la actual es la primera generación que, para lograr su independencia, cuenta con la dependencia de las nuevas tecnologías y que desconfían o son poco receptivos con la información que los adultos transmiten porque justamente ven en ese saber y sistema cierta responsabilidad por los fracasos y repercusiones que tienen lugar en sus vidas. Deberíamos preguntarnos si no es el último recurso que les queda para lograr ese trabajo necesario de pasaje a la adultez, cuando todas las otras posibilidades de acceso a la independencia material y también psicológica se encuentran hoy trampeadas.

En la era digital, ya no se trata del sujeto consumidor sino hiperconsumista, orientado a la búsqueda de productos que lo llenen, que lo satisfagan en su totalidad, marcando al consumo como parte de su vida cotidiana (Elizondo y Picot, 2011). Bajo estas circunstancias, qué ocurre con el deseo si los objetos de consumo que ofrece el mercado no dejan sitio para la falta.

En este sentido, Volnovich (2012) caracteriza a la cultura actual como una cultura sin Otro en términos de un Otro simbólico ante quien el sujeto pueda dirigir una demanda, hacer una pregunta o presentar una queja, lo que hay son Otros vacíos, los nuevos tipos de dominación remiten más bien a una *tiranía sin tirano*. El capitalismo destruye, disuelve las instituciones –léase familia, escuela, instituciones sociales, culturales y/o políticas– de modo tal que los adolescentes quedan sueltos, arrastrados

por la catarata del mercado por la cual circulan hasta ser consumidos y descartados rápidamente. En definitiva la misma produce sujetos flotantes libres de toda atadura simbólica.

De esta forma, al decir de Freud (1976a) desasirse de la familia deviene para cada joven una tarea en cuya solución la sociedad suele apoyarlo mediante ritos de pubertad e iniciación. Sin embargo, vemos que las tensiones y conflictos en el mundo adulto llevan consecuentemente a una desatención de las problemáticas adolescentes, derivando en desconocimiento y/o subestimación. Ante esta desafiliación, frente a la sensación de soledad, de no tener a quien acudir, los adolescentes pueden recurrir a buscar respuestas en internet. En efecto, dicha plataforma ubicada en el lugar de sujeto supuesto saber, se adjudica la verdad última aun cuando solo puede devolver propuestas inmediatas, genéricas y premoldeadas sin un miramiento profundo ni ético.

3.2. *La conmoción de la adolescencia*

A continuación nos detendremos en la conmoción que implica la adolescencia como tal, en cuanto etapa vital, en donde tienen lugar cambios de diversos órdenes.

En primer lugar, se destacan las transformaciones físicas y fisiológicas, la revolución hormonal y el desarrollo sexual que pueden integrarse en el fenómeno de la *pubertad*. Esta es un hecho biológico y claramente visible: dichos cambios surgen bruscamente y se desarrollan de modo acelerado y no sincrónico, algunos de ellos suelen ser precoces como los relacionados con el crecimiento en estatura y la maduración sexual, mientras que otros suelen llegar con retraso como, por ejemplo, la estabilidad de los sentimientos. De esta manera, el adolescente tiene que adaptarse a un cuerpo nuevo que le resulta extraño en medio de sentimientos ambivalentes y una afectividad que lo desborda. La tendencia a actuar sin pensar, la impulsividad característica, el precipitarse a la acción sin reparar en posibles consecuencias dejándose llevar por las emociones, también está relacionado con que el pensamiento deliberado y la capacidad de reflexión son todavía incipientes.

Freud se referirá a esto como *la metamorfosis de la pubertad*, acentuando el carácter de transformación, de mudanza. De eso se trata justamente: “Con el advenimiento de la pubertad comienzan las transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal” (1999, p.78). Al mismo tiempo, homologaba la pubertad al hecho de perforar un túnel de los dos lados a la vez y de atravesarlo: un agujero del cual un extremo perfora la autoridad, el saber y la

consistencia del otro parental y sus ideales, y el otro extremo perturba la vivencia íntima del cuerpo del niño viniendo agujerear su imagen corporal y su existencia (López, 2022).

De esta manera, es importante resaltar que estos cambios a nivel corporal que experimentan todos los adolescentes no se reducen solo a ese ámbito sino que tienen implicancias importantes a nivel psíquico, afectivo y relacional. Recordemos que el cuerpo para el psicoanálisis, es erógeno, libidinal y se configura a través de acciones ejercidas por el otro humano. La relación *yo- cuerpo* es ineludible, inclusive el mismo Freud (1976b) se refiere al yo como la proyección de una superficie.

Así mismo, Lacan (2009) con su *Estadio del Espejo* plantea la constitución del yo a partir de la asunción jubilosa que hace el lactante de la imagen especular, imagen totalizante a la que se identifica aun cuando su realidad es la de un cuerpo fragmentado signado por la impotencia e incoordinación motriz. Esta matriz simbólica, que supone la intervención y mediación de la palabra del Otro materno, en la que el yo se precipita en una forma primordial será donde se asentará luego la identificación con el otro semejante. Dicha forma total del cuerpo es más constituyente que constituida teniendo efectos formativos sobre el organismo.

Por otra parte, la distinción entre *imagen* y *esquema corporal* de la que habla Doltò (1994) puede ser esclarecedora de las repercusiones y manifestaciones del ser adolescente. El esquema corporal, al decir de la autora, es una realidad de hecho, es en cierto modo nuestro vivir carnal al contacto del mundo físico, específica al individuo en cuanto representante de la especie y es evolutivo en el tiempo y en el espacio. Por el contrario, la imagen del cuerpo es propia de cada uno, está ligada al sujeto y a su historia, es específica de una libido en situación, de un tipo de relación libidinal y refiere al sujeto del deseo a su gozar, mediatizado por el lenguaje memorizado de la comunicación entre sujetos. Gracias a nuestra imagen del cuerpo portada por –y entrecruzada con– nuestro esquema corporal, podemos entrar en comunicación con el otro. De esta forma, se articula con él a través del narcisismo, originado en la canalización del sujeto en la concepción, aunque también puede hacerse independiente del mismo.

En relación a esto, nos recuerda Faccendini (2021) que para Freud la sexualidad humana se exterioriza en dos oleadas, una en la infancia y otra en la pubertad, situándose entre ambas el periodo de latencia que se caracteriza por el sepultamiento del *Complejo de Edipo*, la creación o consolidación del superyó y la erección de las barreras éticas y estéticas en el interior del yo. Dicha reactualización de lo infantil que se produce con la pubertad implica la subordinación de las pulsiones parciales a la primacía genital.

En este sentido, señala Freud (1999) que tiene lugar en los dominios psíquicos el hallazgo de objeto, momento que se ha venido preparando desde la más temprana niñez. La elección de objeto estará dirigida por la inclinación infantil del sujeto –renovada en la pubertad– hacia sus padres o guardadores y orientada por la barrera al incesto, hacia otras personas análogas a estas, pero distintas de ellas.

Respecto al desasimiento de la autoridad parental, se trata de una de las operaciones más necesarias y dolorosas del desarrollo al decir de Freud. La idealización de los padres en la infancia ha de ser interrogada y cuestionada. Con la *novela familiar* el analista se refiere al estadio en donde se pone en juego este trabajo de separación y elaboración de la pérdida de la infancia junto a sus padres a partir del recurso de la historia, la ficción y la fantasía (Faccendini, 2021). Este recurso simbólico, entre otros que provee de alguna forma la cultura para mediatizar y posibilitar a los sujetos la realización de aquellos sacrificios a los que ella misma obliga, nos interesa en función de su valor para la tramitación y elaboración de las pérdidas y consecuentes duelos que el adolescente ha de atravesar.

Sabemos gracias a los desarrollos de Freud y de Lacan que el yo para constituirse necesita identificarse, no es sin la alienación que podrá separarse, el yo es otro, la identidad está dada por el registro de la alteridad, se constituye por la diferencia. Se trata de un proceso que se produce a lo largo de la vida de un sujeto, no es que está dada de una vez y para siempre sino que se van produciendo modificaciones. Inclusive, el yo resigna objetos conservando cualidades de los mismos vía las identificaciones.

El sentimiento de sí es fluctuante y tiene tres fuentes que Freud (1976c) describe en Introducción del narcisismo: el residuo del narcisismo infantil, el cumplimiento del ideal y la satisfacción de la libido de objeto. De esta manera, como señala Marchiaro (2016) en la adolescencia el narcisismo se ve trastocado por la inestabilidad de la imagen del cuerpo y la consecuente alteración de la economía libidinal. El sujeto adolescente se ve obligado a rearmar su imagen como joven y sexuado y allí cobra relevancia qué tanto pudo alejarse la construcción de su yo de aquella imagen que el Otro convalidó en la infancia como *yo ideal*. Esto le permitirá sentirse amado sin necesidad de alcanzar la perfección.

El adolescente precisa diferenciarse, alejarse y hacerse de un lugar propio más allá de sus padres, sin por ello perder el alojamiento en el deseo de su Otro primordial. Al mismo tiempo, necesita igualarse, emparentarse y pertenecer al grupo de pares vía las identificaciones. De esta forma, cuando lo invaden sentimientos de insuficiencia o falta de recursos al intentar posicionarse frente a las elecciones que se le demandan, la posibilidad del lazo con los semejantes puede officiar de soporte y contribuir a estabilizar

el narcisismo. Así, el apoyo en grupos de pertenencia e ideales compartidos como emblemas identificatorios puede facilitar su integración en la cultura (Marchiaro, 2016).

Bajo este aspecto, cobran relevancia las identificaciones en psicoanálisis: su función radica fundamentalmente en subsanar y velar dicha falta en ser de la cual partimos, produciendo amarres desde lo simbólico (Faccendini, 2018). La identificación al rasgo unario es la que hace a un sujeto único y valioso en su singularidad, volviendo posible cuestionar la multiplicidad de sentidos provenientes del Otro y la construcción de un *Ideal del yo* con una impronta propia.

Por último, ya que para abordar las autolesiones desde el psicoanálisis debemos valernos de la intrincación de los tres registros de Lacan: Simbólico, Imaginario y Real, así como también de la noción de angustia, haremos mención a la cuestión del *objeto a*.

Lacan lo formaliza en el *Seminario 10* que le dedica a la angustia:

El aislamiento de *a* se produce a partir del Otro, y es en la relación del sujeto con el Otro que se constituye como resto [...] El sujeto tachado, por su parte único sujeto al que accede nuestra experiencia se constituye en el lugar del Otro como marca signifiante. Inversamente, toda la existencia del Otro queda suspendida de una garantía que falta de ahí el Otro tachado. (2021, pp.127- 128)

Así, el *objeto a*, en tanto perdido, caído, podrá funcionar como causa de deseo. Sin embargo, el deseo no puede sostenerse sin el fantasma y en la adolescencia es cuando éste termina de construirse y consolidarse. Ante la pregunta por el deseo del Otro –interrogante enigmático y siempre angustiante– que Lacan formula con la siguiente pregunta: *¿Che vuoi? ¿Qué me quieres?*, el fantasma se erige una respuesta posible, funcionando como defensa para no quedar inerte ante la demanda inconsciente del Otro, que impacta sobre nuestra imagen-cuerpo. De esta forma, dicha maniobra evita la castración al frenar que una significación lleve a otra, des-velando que no hay objeto. En definitiva, sin el guiñon fantasmático, el deseo sería pura falta mortificante sin nada que cause o sin relación a ningún acto. El fantasma habilita el pasaje del deseo como pura pérdida al deseo como un movimiento y búsqueda, es lo que vela esa pura pérdida que implica que no hay objeto (Faccendini, 2018).

3.3. Las autolesiones a la luz del psicoanálisis

Algunas lecturas sobre esta problemática sugieren que las autolesiones se presentan en orden decreciente en forma de cortes, golpes, mordeduras y/o quemaduras. Sin embargo, se destaca la utilización de más de un método, es decir, pueden iniciar con uno y a lo largo del tiempo incorporar otros. En cuanto a los *desencadenantes* se

subrayan principalmente estados de ánimo negativos, problemas familiares y/o sociales y descontento corporal.

Por otro lado, autores de diferentes líneas teóricas y clínicas coinciden en sostener que no se trata de una conducta suicida sino que se lleva a cabo como una forma de reducir el malestar emocional o el estrés que una persona experimenta. Asocian dicha conducta a trastornos de personalidad, alimentarios, de ansiedad o cuadros esquizofrénicos. Entre sus hallazgos, plantean que las autolesiones tienen como objetivo llamar la atención, tener el control de una situación, o bien, se realizan con el fin de detener *malos sentimientos*, escapar o evitar hacer algo.

En cuanto a la prevalencia y predominio de las autolesiones, hay consenso respecto a la adolescencia como el periodo vital donde se inician y perpetran las autolesiones, siendo la edad promedio de inicio los 12 o 13 años. A su vez, se señala que las adolescentes de género femenino son aún más vulnerables y tienen mayor riesgo a presentar esta problemática.

Cabe destacar que, quienes se han interesado en este fenómeno, han encontrado que si bien la forma de presentación puede ser similar, al profundizar en cada caso, los motivos y/o utilización de esta conducta (o recurso) pueden ser de orden muy variado y sumamente singular.

La manifestación de autolesiones en la adolescencia se ha vuelto un fenómeno mundial, presente en adolescentes de diferentes partes del mundo, al menos en Occidente. Incluso se ha pensado como una conducta imitativa favorecida por el fenómeno de la globalización y de las redes sociales. A través de estas, los adolescentes comparten sus experiencias y se producen identificaciones, constituyendo grupos de pertenencia en relación a esta práctica común (Dartiguelongue, 2014).

De esta forma, si bien existen denominadores comunes, el abordaje psicoanalítico otorga un lugar sustancial al entramado con la historia singular y subjetividad. Consiguiendo revelar un significado, función o anclaje sumamente heterogéneo y único para cada sujeto.

A estos fines, haremos mención de algunas directrices en que se han pensado las autolesiones desde el psicoanálisis. El desencadenante que se subraya de forma recurrente es el desarrollo de angustia, que puede provenir de diversas fuentes o situaciones, tales como: exceso de cuerpo, imperativos sociales respecto a ideales estéticos, presiones familiares o sociales, sentimientos de alienación y la relación al Otro en sus diferentes vertientes, entre otros.

Ahora bien, como se ha señalado, lo que muchos analistas encuentran en algunos pacientes adolescentes es la angustia ante el taponamiento de la falta que habilita el deseo. Por esta razón conjeturan que buscan hacer vacío, agujero en el

propio cuerpo. Puede que esa despersonalización, apatía y abulia que experimentan, los lleve a una búsqueda desesperada de sensaciones que encuentre respuesta en la autolesión, en tanto apoyatura real para sentir el cuerpo en un mundo de virtualidad. Un intento de propiciar una cualidad sensorial donde no hay sensación alguna (Mauer y May, 2009)

Por otro lado, el vacío de representaciones o bien la saturación que tiene por efecto su anulación, no puede provocar otra cosa que angustia. Tal como introducimos anteriormente, Lacan (2021) plantea que habría dos tipos de angustia, una por la falta y una por la presencia. De este modo, la ausencia de un imaginario implica una fantasmática que erra y que no logra proteger de la irrupción de lo real, de la presencia del objeto. De esta forma, el adolescente se ve embestido por un exceso de cuerpo, por sensaciones corporales intensas que pueden encontrar cierto drenaje a través de la autolesión.

En relación a esto, también podemos retomar la pérdida de ritos de pasaje propios de cada cultura que se transmiten pero, según el momento histórico se diferencian marcando su impronta generacional. Son recursos simbólicos que tienen como fin acompañar y posibilitar la elaboración de aquellos disruptivos, pero a la vez, necesarios cambios y transformaciones del crecimiento y desarrollo.

Algunos autores como Ángel Valencia (2014) señalan que se trata de una conducta en la que un sujeto expresa a través del cuerpo lo que le ocurre psíquicamente. Se presenta ante dificultades de manejar situaciones de tensión, estados de ansiedad, sentimiento de culpa y/o menosprecio, inseguridad y angustia. Estos estados aparecen comúnmente en la conflictiva adolescente y los vemos aún más acrecentados por la cultura actual. De este modo, la autolesión puede ser utilizada como un recurso que defiende contra la angustia evitando su avance a través de una especie de recorte en el cuerpo, en el acto de cortarse se encontraría una posibilidad de descargar ese afecto desbordante fijándose a una herida corporal. Podría considerarse, de esta manera, que se ha trastocado un dolor psíquico por un dolor físico. A su vez, el adolescente puede sentir que recobra cierto control sobre lo que le pasa con la ayuda de este recurso del corte, logrando contrarrestar aquel estado anterior de desestabilización e impotencia que le producía el exceso de tensión displacentera.

Al mismo tiempo, recordamos que en la adolescencia se produce una redefinición de los vínculos, se pone en movimiento la historia libidinal y simbólica pudiendo reeditar viejas carencias narcisistas que no han libidinizado suficiente los bordes del cuerpo. Frente a esta insuficiencia de recursos narcisistas, el adolescente puede verse en dificultades para construir una nueva imagen corporal que le resulte satisfactoria (Mauer y May, 2009).

Se relacionan las autolesiones con la disconformidad que experimentan los adolescentes para con su cuerpo, como un modo de rechazo a un cuerpo que no cumple con los estándares de belleza y estética imperantes. Puede que en este aspecto radique la manifestación mayoritaria de autolesiones en mujeres, quienes suelen estar aún más en la mira del disciplinamiento estético.

En la misma línea, pero por diferente razón, podríamos señalar también las autolesiones que se infligen aquellos adolescentes que rechazan su cuerpo porque experimentan una inadecuación entre su género y sexo biológico, vale decir, presentan caracteres sexuales masculinos o femeninos cuando se sienten mujeres u hombres respectivamente. Situaciones complejas, que en muchos casos, son vividas en soledad por los adolescentes por rechazo e incomprensión por parte de sus padres, familiares y/o amigos que no logran aceptar y respetar su sentir diferente.

En otro escenario, donde la diferenciación y/o separación con respecto al Otro, empresa que el adolescente se ve compelido a emprender, aparece dificultada por un avasallamiento que no deja sitio al sujeto, el acto de cortarse solo puede presentarse como una vía de reafirmación de la propia individualidad, decisión y control sobre su cuerpo, en donde simbólicamente ese corte oficia como cierto límite al Otro.

También la autolesión puede presentarse como un *acting out*. Lacan (2021) lo menciona como una modalidad de actuación que busca mostrarse, hacerse público. Se trata del montaje de una escena que transmite un mensaje inconsciente dirigido a un Otro. De esta forma, el acto de cortarse podría pensarse como un llamado de atención que tiene por fin reconquistar un lugar en el Otro que se siente como perdido. Quizá aquel momento de su infancia en que el niño gozaba de un lugar privilegiado como deseo del Otro. Así, provocando su horror busca dimensionar el valor que tiene para ese Otro, poniendo a prueba su valía.

A la inversa, cuando la autolesión se lleva a cabo de forma privada, oculta y en solitario estamos ante otro escenario, puede tratarse de un *pasaje al acto*. Este acontece de forma súbita siendo imposible su anticipación e implica la salida del sujeto de una escena que le resulta intolerable, identificando al objeto como resto o desecho. Puede ser el caso de situaciones en las que un Otro rechaza bruscamente al sujeto o es brutalmente indiferente (Lacan, 2021).

En esta línea, es interesante mencionar los hallazgos clínicos de Dartiguelongue (2014), ya que dicha analista ha encontrado como desencadenante en algunos pacientes que se autolesionan situaciones en las que son ubicados por el Otro en un lugar residual, descubriendo además ser la estructura original de la relación al Otro primordial. Sin embargo, estos no producían un pasaje al acto sino que con el recurso de los cortes lo evitaban limitando el desarrollo de angustia. De este modo, el sujeto si

bien logra recuperarse no lo hace encontrando un lugar en el Otro sino que más bien prescinde de él, lo rechaza en su solución. Por esta razón, la autora subraya la función de restitución subjetiva que cumple la autolesión en estos casos y lo explica a partir del abordaje de los nudos borromeos y de la categoría lacaniana de *sinthome*¹. Estas autolesiones no son vividas por los sujetos como un padecimiento sino que son utilizadas como recurso para enlazar de modo borromeo los simbólico suelto y evitar de esta forma un pasaje al acto. De todos modos, denuncia la precariedad de este artilugio que considera provisorio al dejar inalterado el corazón de la causa, es decir, la relación con el Otro.

Este es el estado de situación de donde surgen las autolesiones, no resulta extraño que su terreno sea la piel, la piel como lienzo de inscripción, borde del cuerpo, zona erógena, barrera, como aquella parte del cuerpo que está en el límite del sí mismo y el Otro, de lo interno y lo externo, como zona de contacto. Es un escenario donde se reflejan las conflictivas vinculares que atestiguan el anhelo de contacto esencialmente humano y que podríamos pensar que es hoy, cada vez, una carencia más notable.

De ahí que, frente a intensos sentimientos de anonimato o de inexistencia que producen las pantallas y la virtualidad, a los que se suman además la incomprensión e indiferencia de las generaciones que anteceden, la autolesión puede producir un alivio en tanto el acto de autolesionarse conlleva un protagonismo exaltado estrechamente relacionado con la impotencia que lo genera. Tal como señalan Mauer y May (2009), la cultura actual exalta la acción como lenguaje predominante, reforzando aún más la tendencia adolescente, relegando el trabajo psíquico. De esta forma, los adolescentes buscan resolver sus conflictos internos por medio de la acción, vale decir, la acción individual, ya que la cultura actual parece instar a resolver cada uno sus problemas en soledad.

Frente a este estado de cosas, es razonable que en los adolescentes aparezcan estrategias compensatorias, recursos a modo de mecanismos de defensa para enfrentar las adversidades y conseguir cierto estado de estabilidad necesario para su supervivencia. Así, la autolesión puede pensarse como un esfuerzo de autogestión, como una estrategia compensatoria del yo que posibilita tener el control de una situación, consiguiendo cierto equilibrio y estabilización.

Finalmente, el cuerpo está marcado por la cultura como el terreno de operaciones concreto, tangible de búsquedas, siempre conflictivas que hacen a la adolescencia (Mauer y May, 2009). Si bien es verdad que el conflicto es una constante en el devenir adolescente, la cuestión a plantear es cómo posicionarse frente a ese

¹ Categoría propuesta por Lacan (2006) en el *Seminario 23*, como un cuarto elemento que anuda al sujeto.

conflicto, evitarlo, insensibilizarse o, por el contrario, que el adolescente pueda hacerle frente con los recursos que cuenta o pueda consolidar y con ayuda de los apoyos que su entorno pueda brindarles.

3.4. Un análisis posible de las autolesiones

En relación al abordaje de esta problemática, existen polémicas y disidencias entre diferentes profesionales y disciplinas, y a su vez, dentro de ellas, según sus líneas teóricas y clínicas. Es decir, según cómo se comprenden las autolesiones se proponen intervenciones clínicas disímiles.

A su vez, es destacable en los profesionales de la salud la dificultad que subraya Flechner (2000) de discernir entre lo *normal* o esperable en la adolescencia de aquello que podría pensarse como patológico. Es decir, la tarea de distinguir situaciones pasajeras que corresponden a la crisis adolescente de verdaderas problemáticas que suponen un riesgo. Así, muchas veces, se oscila entre los dos extremos que son la banalización de las conductas adolescentes o bien su excesiva patologización.

Si bien hay postulaciones que sugieren que las autolesiones pueden presentarse como una conducta imitativa en los inicios, consideramos fundamental romper con la lógica de que hablar de las autolesiones produce su incremento. Por el contrario, lo que termina de revelar es que de aquello de lo que no se habla no se le atribuye existencia aunque no por ello deje de producir efectos.

En este sentido, podemos preguntarnos si la dificultad adolescente de poner en palabras tiene que ver con la vaguedad propia de la adolescencia o más bien con una falta de una presencia que otorgue confianza, espera, tiempo y disponibilidad de escucha. La escasez de mediaciones simbólicas provoca, tal como señala Maidana (2017), que todo lo no posible de ser contenido, hablado, puesto en palabras, pase al acto. De esta forma, cabría preguntarse si la autolesión no se manifiesta como último recurso cuando otras vías de tramitación fracasaron.

Aunque se trata de un recurso destinado a ser fallido, produce un alivio transitorio, lo cual puede volverlo compulsivo, aumentar en gravedad y frecuencia, o ser sucedido por sentimientos de culpa.

En la autolesión como forma de comunicar un dolor psíquico es donde debemos intervenir como analistas. De esta manera, se vuelve crucial en el trabajo clínico, dilucidar la función que cumple en cada sujeto dicha conducta, para poder predecir su avance en términos de pronóstico; lo que a su vez determinará las estrategias de tratamiento a implementar según sea el caso. Puede ocurrir que una intervención clínica

que no esté así orientada, además de no tener efecto alguno, contribuya agravando aún más el cuadro. Las intervenciones oportunas pueden ser fundamentales para que las autolesiones no se acomoden a la vida del sujeto, arraigándose como única defensa ante el sufrimiento y obstaculizando por ende el pedir ayuda.

Por otro lado, en cualquier tratamiento, sea cual fuera, el adolescente no debe ser ubicado como objeto de intervención. Inclusive la práctica analítica va aún más allá postulando que éste debe de estar implicado en la cura, oponiéndose a volverse otro instrumento de control social.

A su vez, existe una clase de autolesiones que se resisten a la interpretación, son mudas, por lo que su sentido debe ser fundado y no hallado ya que se trata de material que carece de inscripción psíquica. De esta forma, al decir de Mauer y May (2009) el psicoanálisis puede rescatar este fenómeno que transcurre en la piel y en el límite entre lo psíquico y lo social para volverlo texto significativo en lugar de mudo desgarro.

A pesar de que la relación de las autolesiones con el suicidio ha sido bastante discutida, sostenemos que pueden considerarse un posible antecedente y signo de alerta en caso de una desmezcla pulsional. En este sentido, una buena lectura del caso es importante además que para pensar intervenciones, para evaluar riesgos posibles como la cronicidad o posibilidad de suicidio.

Entonces, teniendo en cuenta que los adolescentes en general no buscan atención espontáneamente, es decir, no suele haber una demanda directa de tratamiento, consideramos que esto no contradice a priori la instalación del dispositivo analítico. Justamente, la escucha de los sujetos en esta etapa vital es un punto clave ya que la adolescencia coincide con un momento de inestabilidad provocado por los profundos cambios que el sujeto experimenta y debe afrontar, cambios de orden físico, psíquico y también social. En estas circunstancias se vuelve crucial, para el establecimiento de la transferencia, la abstención de juicio ante lo expresado por el paciente propia del método y la apuesta a posibilitar un espacio de escucha, apostando a que aquello que encuentra cobijo en las palabras puede hallar otro camino menos patológico.

Por último, nos parece valioso proponer rescatar la sublimación que tiene tan mala prensa en la sociedad actual. Tildada de inútil, improductiva y una pérdida de tiempo, muy por el contrario es considerada para Freud (1976a) el destino más perfecto y ordenador del aparato psíquico. Por nuestra parte, estimamos que puede volverse el caballito de batalla frente a la falta de sentido y la soledad, permitiendo ganar tiempo para el sujeto de deseo.

4. Conclusiones parciales

Las autolesiones pueden pensarse como formas en las que los adolescentes manifiestan su malestar. Malestar generado por las circunstancias actuales, es decir, por las condiciones en las que se desarrolla la existencia, de un verdadero *malestar en la cultura*. Así, la contienda no debería ser contra las autolesiones en sí mismas, cuando inclusive denuncian y advierten un estado de cosas, sino con los generadores de esta situación insostenible.

La adolescencia en los tiempos que corren se ve afectada por la gran injerencia de las redes sociales, con las cuales nacieron y transitaron su infancia, por el fenómeno de la globalización, la sobreinformación, la aceleración del tiempo digital y la consiguiente transformación de las relaciones interpersonales.

En definitiva, deberíamos preguntarnos si acaso la duración y los problemas que suelen atribuirse a la adolescencia pertenecen a su propia naturaleza o por el contrario son simple efecto de la forma en cómo se hace vivir a los adolescentes en cada época histórica y en cada tipo de sociedad, es decir, pensando la adolescencia como una crisis producida por ciertas pautas culturales y sociales. Entonces, *¿Cuáles son hoy las metas o la salida esperable de la adolescencia? ¿Cómo enfrentan los adolescentes los obstáculos que encuentran? ¿Cuáles son los atajos, recursos o estrategias que utilizan? ¿Y sus costos?*

Concluyentemente, las autolesiones cumplen funciones en la adolescencia actual: de descarga, estructuración, anudamiento, compensación y/o estabilización. Si bien, las determinaciones y sentidos de este fenómeno son múltiples y complejas, definitivamente refleja situaciones límite de angustia, impotencia y frustración. Dicho fenómeno, está signado por la búsqueda de aliviar el sufrimiento, lograr sentirse bajo control, vivo, real y con capacidad de *seguir*. Se trata de una solución provisoria a un conflicto permanente, el intento de trastocar un dolor psíquico incesante e insistente por un dolor físico momentáneo.

Las autolesiones le sirven al adolescente como artilugio para arreglárselas solo, dan cuenta de cierta autonomía, son un intento de no quedar a merced del Otro, que inclusive le permiten independizarse de ese Otro. Aun así, terminan por depender de su utilización, la autolesión ofrece a los jóvenes el sentimiento de control de algo en sus propias vidas, por ello puede pensarse como un esfuerzo de autogestión, de prescindir de otros.

De esta forma, avanzar en la comprensión de las relaciones entre la adolescencia y las autolesiones constituye un recurso valioso tanto para los profesionales de la salud que se encuentran en su práctica con el padecimiento de los adolescentes, así como

también, para las familias, educadores y entorno que interactúa con ellos. Dado que dicho fenómeno se interpone en las relaciones y en los vínculos, dejando al adolescente cada vez más aislado en su padecer y a los demás inermes ante el sufrimiento de su ser querido.

Consideramos que las autolesiones en adolescentes dan cuenta de una marca epocal, del avance del disciplinamiento a través del consumismo, la competencia y el individualismo consecuente. Frente a este escenario, defendemos la función vital del psicoanálisis como práctica discursiva que recupera la importancia de la singularidad, el lazo social y el Eros apostando a la emancipación y responsabilidad del sujeto de su deseo.

5. Referencias Bibliográficas

- Ángel Valencia, C. (2014). Cortes a flor de piel: una aproximación psicoanalítica a la conducta de la autoincisión en la adolescencia. *Katharsis: Revista de Ciencias Sociales*, 18, 117-140.
- Dartiguelongue, J. (2014). Sobre el fenómeno del cutting: una consideración sobre la práctica de la realización de cortes en el cuerpo. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 14, 117-140.
- Dolto, F. (1994). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Paidós.
- Elizondo, M., & Picot, C. (2011). *El sujeto posmoderno en las redes sociales*. 3er Congreso Internacional de Investigación, 15 al 17 de noviembre de 2011, La Plata. Memoria Académica. Recuperado de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1539/ev.1539.pdf
- Faccendini, J. (2018) *Una clínica del grafo del deseo*. Letra Viva.
- Faccendini, J. (2021). *Entrecruzamientos freudianos: Cuerpo, Fantasía y síntoma en una práctica analítica*. Letra Viva.
- Flechner, S. (2000). La clínica actual de pacientes adolescentes en riesgo ¿un nuevo desafío? *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, 92, 209-226.
- Freud, S. (1976a). El malestar en la cultura en *Obras Completas*, Vol. XXI, Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976b). El yo y el ello en *Obras Completas*, Vol. XIX, Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976c). Introducción del narcisismo en *Obras Completas*, Vol. XVI, Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1999). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Alianza.
- Gergen, K. J. (1997). *El yo saturado: Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Paidós.
- Lacan J. (2006) *El Seminario. Libro 23: El sinthome*. Paidós.
- Lacan J. (2009) *Escritos 2. Siglo XXI* Editores.
- Lacan J. (2021) *El Seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós.
- Lastra, et al. (2015). Subjetividad adolescente y virtualidad. ¿Nuevas modalidades exploratorias?. La construcción de la subjetividad adolescente en la era digital. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, N°17.
- López, G. A. (Comp.). (2022). *La adolescencia en los tiempos que corren*. Grama Ediciones.
- Maidana, M. (2017) Doctora, mi hijo se tajea. *Revista Anfibia*. Buenos Aires <https://www.revistaanfibia.com/doctora-hijo-tajea/>.

- Marchiaro, C. (marzo 2016). *Adolecer en tiempos de selfies*. Psicoanálisis Ayer y Hoy. <https://www.elpsicoanalisis.org.ar/nota/adolescer-en-tiempos-de-selfies/>
- Mauer, S. K. y May, N. (2015). Cortarse solo: Acerca de las autolesiones en la piel. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, (16), 1-6.
- Murillo, S. (2012). La cultura del malestar o el gobierno a distancia de los sujetos en *Actas electrónicas del XIV Congreso Argentino de Psicología. Los malestares de la época*. Salta, Argentina, 12, 13 y 14 de abril.
- Obiols, J. (1999). *Adolescencia y Posmodernidad*. Paidós.
- Rojas, M.C. (2018). Vínculos y subjetividades en la era digital. *Vínculo - Revista do NESME*, Vol. 15, Nº 1, 83-89.
- Volnovich, J. C. (2012). *Conectados ¿en soledad?* Lugar de publicación: ImagoAgenda. Recuperado en: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1535>